

ACOMPañAR A LOS JOVENES A ELEGIR Y DECIDIR

DIMENSION PERSONAL Y CONTEXTO COMUNITARIO DE LA DECISION

Mario Danieli, S.J.

Director de EE
Villa S. Giuseppe,
Bologna, Italia

Introducción

Recuerdo el título que ha sido asignado a mi intervención: *Dimensión personal / dimensión comunitaria en la decisión* y dentro de una visión más amplia, que corresponde al tema del encuentro: “acompañar a los jóvenes a elegir y decidir”. Me permito corregir levemente el título de mi intervención que formularía así: *dimensión personal y contexto comunitario de la decisión*. Considero que la decisión relativa a las elecciones importantes de la vida, aunque madure en una experiencia significativa de vida comunitaria, no puede no ser personal.

Vivo en Bolonia, Italia, en un centro de espiritualidad, donde cada año se realizan unos 50 encuentros entre ejercicios espirituales, encuentros de formación, retiros para distintas categorías de personas y numerosos coloquios personales dictados por las diversas exigencias de acompañamiento. Más o menos la mitad de las 1500 personas que cada año acuden a la casa son jóvenes de menos de 30 años y la mayoría se encuentran, por distintas razones, en una situación de búsqueda, más o menos lúcida, más o menos sufrida, de su camino en la vida.

El lugar donde vivo *Villa san Giuseppe*, es un enclave con cuatro casas: en una vive una pareja, guías espirituales por vocación y formación; en la casa más grande es posible acoger a 40 personas en habitaciones individuales; una tercera

casa sirve para acoger a 8 jóvenes-adultos para un periodo de discernimiento vocacional, y otra casa más pequeña - en la que viven de forma estable dos religiosas- puede acoger a tres chicas para la misma finalidad de discernimiento.

Este contexto geográfico y humano es el humus en el que nacen las reflexiones que voy a proponer. El humus metodológico, por el contrario, lo representa el Paradigma Pedagógico Ignaciano. Sus cinco pasos - contexto, experiencia, reflexión, acción, evaluación constituyen las cinco partes de mi intervención.

El contexto

Es evidente que el acompañamiento es un servicio que se presta no al *animal* racional, es decir a un ser abstracto, sino a María, a Pedro, a Isabel y a Santiago, que son personas muy concretas, nacidas y crecidas en un contexto muy específico que hace de ellos/ellas personas distintas de los jóvenes que hace 50 años tenían su edad. Es importante no olvidar el contexto actual, para comprender el sentido que pueden tener para la generación actual términos como vocación, proyecto de vida, compromiso, fidelidad, etc.

*Se necesita una cierta
humildad para acercarnos
a este planeta jóvenes*

Deseo hacer hincapié en dos tipos de contextos: uno más general, y otro más vinculado a la realidad de Bolonia.

El contexto en general

Una premisa. ¿Quién debería hablar de los jóvenes? ¿Ellos mismos? Se dice, a menudo, que no tienen las herramientas para hacerlo, sobretodo les falta la suficiente distancia para poderlo hacer con objetividad. Y entonces ¿quién? ¿Los educadores? ¿Los adultos? Nosotros, los adultos, estudiamos a menudo a los jóvenes e inevitablemente lo hacemos desde nuestra condición de adultos, que nos hace repetir e insistir en que los jóvenes ya no son

como eran antes... Se necesita una cierta humildad para acercarnos a este *planeta jóvenes* totalmente concientes de los filtros y de las interpretaciones que aplicamos.

Intento fijar en algunos puntos los principales rasgos del *planeta jóvenes*, solamente los que interesan nuestra reflexión. De muchas investigaciones sociológicas hechas en los países de la Unión Europea¹ emerge una cierta homogeneidad de situación entre los jóvenes, independientemente de la pertenencia territorial. Es decir que lo que distingue al joven de Palermo de un adulto de Helsinki no es que uno sea meridional y el otro nórdico, sino que uno es joven y el otro es adulto.

Así que estos jóvenes muestran rasgos comunes. Rápidamente:

- Se puede definir a esta generación como la generación del “*me first*” o del “*moi d’abord*”, o del “*yo antes*” queriendo indicar así la fuerte exigencia que los jóvenes de hoy tienen del valor primario de su propia realización, de sentirse a gusto, de ser bien acogidos;

- los jóvenes atribuyen una enorme importancia a la calidad de las relaciones y, por consiguiente, al diálogo, a las relaciones positivas, al clima humano confortable, al valor central de la amistad. Estos llegan a ser prioritarios respecto de otros valores como la pertenencia o la “*misión*”;

- consideran importante el poder disponer de un tiempo para sí: si una vez esto era considerado negativamente, como un tiempo robado a los demás (familia, comunidad, pareja) y por tanto culpabilizado, ahora es considerado como un momento indispensable para recargarse;

- evalúan la duración de su compromiso con relación al permanecer de las condiciones que al comienzo parecían garantizar la realización personal. Si estas condiciones dejan de existir, el joven no reconoce como definitivo o irrevocable un determinado compromiso (matrimonial religioso o asociativo).

El contexto de la experiencia en Bolonia

En el contexto de la Casa de Ejercicios hay, dos pequeñas casas donde en el curso de los últimos años han ido pasando unos cien jóvenes (en su mayoría jóvenes adultos), cada uno por un periodo de 3 a 12 meses

para un “discernimiento vocacional”. La casa que acoge a los jóvenes se llama “Por el camino de Damasco” y el nombre hace alusión a la experiencia del apóstol Pablo. Hombre comprometido religiosamente, en un determinado momento de su vida Pablo se encuentra “a oscuras”: una casa tiene que acogerlo y un hermano está llamado a ayudarlo, para que pueda volver al mundo, profundamente renovado y totalmente al servicio del Reino de Dios. Asimismo, nuestra casa desea ofrecer un servicio de acompañamiento espiritual a los jóvenes en busca de una respuesta a la llamada de Dios. *Por el camino de Damasco*, además, significa que no es un lugar donde uno vive habitualmente, sino un lugar de paso.

Durante su estancia a los jóvenes se les propone un conjunto de experiencias, de instrumentos y de subsidios que los ayudan a discernir su propia vocación. En general la experiencia resulta bien, la gente contenta:

- los jóvenes *viven en comunidad*, lo cual es siempre una escuela de vida dura y sana. En comunidad, con ellos, está presente un sacerdote jesuita, con tareas de educador adulto de adultos;
- rezan, un poco en común (celebración cotidiana de la Eucaristía), un poco en privado, siguiendo una pauta de meditación concordada con el sacerdote responsable de la comunidad; se les ofrece, asimismo, la posibilidad de un curso de ejercicios espirituales de 6 días, *por lo menos*;
- *trabajan* y, hay que decir, asiduamente, tanto para tener en orden el parque alrededor de la casa como para garantizar la limpieza de la casa de Ejercicios; y así contribuyen a su propio mantenimiento;
- tienen *coloquios periódicos* con una psicóloga y con el sacerdote responsable; tienen contactos cotidianos con el resto de la comunidad estable (los demás sacerdotes de la casa, la pareja, las dos religiosas);
- asisten a los *campamentos vocacionales* para profundizar junto con otros jóvenes contenidos y métodos del discernimiento y tienen la posibilidad de visitar realidades eclesiales, de vida consagrada y de vida matrimonial;
- para algunos de los jóvenes que han pasado por la casa, la estancia les ha dado la oportunidad de repensar radicalmente su pertenencia a institutos religiosos en los que habían entrado, asumiendo con transparencia y valor nuevas opciones de vida.

La experiencia

En el Paradigma Pedagógico Ignaciano, la experiencia representa el conjunto de los impulsos y de los cuestionamientos que la realidad que vivimos hace emerger en nosotros. El contexto que hemos delineado sobriamente, plantea algunos interrogantes a quienes desean dar una ayuda calificada a los jóvenes en camino hacia importantes decisiones de la vida:

- Si la búsqueda de pertenencia está determinada por una preocupación ideológica (celebrar el Sacramento del Matrimonio, o asumir el modelo antropológico propuesto por una determinada congregación religiosa), o por una esperanza de realización de tipo personal, ¿cómo conjugar y aunar las exigencias subjetivas de los jóvenes y las exigencias objetivas de las instituciones?

- Si la tendencia consiste en explorar todas las experiencias posibles, ¿cómo, por qué y con qué probable éxito proponer educar hacia un proyecto integrador unitario que de sentido a toda la existencia, para siempre?

- Si las condiciones económicas y ambientales llevan al joven a desplazar cada vez más adelante las opciones existenciales definitivas (boda, hijos, compromiso religioso) ¿cómo hacer para que esta prolongación de la adolescencia² llegue un día a asumir responsabilidades?

- Si concordamos en afirmar que la realización personal es fuente de bienestar espiritual y psicológico para todos, ¿cómo favorecer en los jóvenes la legítima y sana búsqueda de la autenticidad, el respeto por la identidad personal con su riqueza y unicidad y cómo armonizar todo esto con las inevitables renunciaciones que la vida propone?

- Y en este contexto ¿qué significa formación, acompañamiento, decisión?

- La pertenencia al uno u al otro sexo ¿tiene acaso un influjo sobre nuestra manera de acercarnos a Dios? *La sexualidad ¿marca también la espiritualidad?* ¿Hay un talante masculino y uno femenino de caminar hacia Dios? Existe una espiritualidad masculina y una espiritualidad femenina? ¿Hasta qué punto es bueno tener en cuenta esta realidad a la hora de ofrecer un camino de discernimiento?

La reflexión

Desde la experiencia del contacto con la búsqueda vocacional, podemos decir que el acompañamiento no debe ignorar sobre todo estos dos temas:

1. aclarar y reforzar las motivaciones de fondo de la elección:

El punto de partida del acompañamiento no puede no ser sino el punto en que la persona se encuentra: su experiencia de vida, los sentimientos que la han acompañado, los deseos que ha ido madurando. En sí mismas, todas las motivaciones de partida son legítimas, pero ya que sabemos que no todas son suficientes para sostener por mucho tiempo opciones decisivas e importantes, entonces es preciso

hacer crecer las motivaciones más fuertes y las que contentan el mayor número posible de niveles de la personalidad

- saber responder a la necesidad del sujeto y educar la pregunta; es decir que es posible acoger a jóvenes que se presentan con motivaciones inciertas, o demasiado humanas, o demasiado restringidas (miedo al mundo, dificultad de relaciones), pero hay que ayudarlos/las ciertamente a educar su deseo, a descubrir valores más amplios, a “remar adentro”, como decía Juan Pablo II;

- saber hacer crecer las motivaciones más fuertes y las que contentan el mayor número posible de niveles de la personalidad. Dicho de otro modo, una decisión “ideal” sería la que está sostenida por diversas motivaciones: sentido del deber, dimensión filantrópica, sentido de fidelidad personal, justa evaluación de datos y hechos, correspondencia con los gustos personales, sentido de fidelidad con los compromisos asumidos. Si una decisión está sostenida solamente por una de estas motivaciones no podrá durar por mucho tiempo; sin embargo, si está sostenida por un número mayor de estas motivaciones, tiene garantía de durar más tiempo.

- ¿Un ejemplo? Si el joven acude al grupo solamente porque se ha cruzado con la tierna mirada de una joven, se quedará en el grupo hasta

que dure su interés para con ella, pero si al entrar en el grupo ha descubierto también el gusto por la lectura de la Palabra de Dios, el valor de la amistad y de la solidaridad, la posibilidad de expresar sus talentos personales, el placer del servicio, entonces no se planteará el problema de irse.

2. diferenciar el camino de hombres y mujeres:³

En *Gal 3,27-29* Pablo escribe que ya no hay ni hombres, ni mujeres para los que han sido bautizados en Cristo. ¿Será? ¿Todo igual? ¿Todo *unisex*? ¿Es esto lo que quiere el Señor?

Jesús manifiesta mucha veces que aprecia las diferencias y sobre todo la feminidad de algunos gestos de afecto hacia él. Los Evangelios nos hacen ver las diversas reacciones de hombres y mujeres ante Jesús. Algunos ejemplos:

- ante el anuncio de la Pasión, Pedro reacciona proponiendo el combate (Lc 22,33); María de Betania derramará sobre los pies de Jesús el aceite de la unción de reyes y sacerdotes (Jn 12,1-8). Ambos expresan su adhesión a Jesús: Pedro ofrece su fuerza, María su perfume, expresión personal de su amor.

- María de Nazaret y Juan Bautista: para María se trata de una lenta maduración del deseo, que se traduce en interiorización de la Palabra y en un silencio contemplativo apenas interrumpido por el Magnificat; para Juan se trata de traducir esto en una ardiente llamada a la conversión.

- María de Mágdala y Juan ante el sepulcro: Cada cual reacciona según su naturaleza; en la Magdalena el corazón está más atento, en Juan la fe es más vigilante.

- Pero también el beato Charles de Foucault habla de Jesús de Nazaret obrero; la hermana Magdalena hablará de este mismo Jesús como del Niño ofrecido por María al mundo para su salvación...

- La devoción mariana ha sido cantada en su mayoría por hombres (Bernardo, Grignon de Monfort, el Papa Juan Pablo II); la devoción al corazón de Jesús tiene acentos más femeninos, pero ha sido acogida y vivida también por san Buenaventura o por el P. Teilhard de Chardin...

Es el mismo amor que se hace presente en lo más íntimo de la persona y transfigura su vida. En la medida en que una espiritualidad representa una forma evangélica de vida coherente y fecunda, supera las

particularidades masculinas o femeninas. Por esto, algunas espiritualidades consideradas muy masculinas (por ejemplo la de san Ignacio) han inspirado centenares de institutos femeninos y otras espiritualidades “femeninas” no dejan de inspirar a hombres (Teresa de Avila, o también Teresa de Lisieux). Cuando el Verbo se hizo carne, se encarnó seguramente en una humanidad masculina, pero asumió toda la condición humana: nuestras particularidades masculinas o femeninas están superadas pero no eliminadas, y se traducen en sendos recorridos de vida hacia El.

3. el decidir / método de discernimiento

Enseñar a decidir significa, como recuerda el antiguo proverbio chino, enseñar a pescar, es decir hacer que la persona sea autónoma y capaz de elaborar decisiones responsables y motivadas aunque su maestro esté ausente. Significa, asimismo, evitar formas de posesión o de dependencia con relación a la persona que se quiere educar. Significa no atar la persona a uno mismo, ni siquiera con lazos de gratitud.

Un primer paso que hay que dar consiste en llevar a los jóvenes a que se den cuenta de que muchas veces han tomado decisiones no dictadas por su espontánea voluntad, sino bajo el influjo de diversos condicionamientos, arrastrados por la *corriente*, o influenciados por valores y oportunidades.

Un segundo paso consiste en ayudar a monitorear algunas decisiones para que despunte la ambigüedad de algunas motivaciones de fondo, como por ejemplo el miedo (el miedo a lo desconocido, el miedo al compromiso) o la opción de moda (“lo hacen todos”), o la opción para dar gusto a alguien considerado importante (los padres, el tío sacerdote, el párroco...). Estas motivaciones no son capaces de sostener opciones por mucho tiempo, o las sostienen, pero sin gozo.

Un tercer paso consiste en enseñar un método para discernir. Nosotros privilegiamos el método propuesto por san Ignacio en los Ejercicios Espirituales (Segunda semana, nn. 169-189, sobre todo 175-188). Respecto a otros métodos, éste presenta algunas ventajas: crea y exige un clima previo de gran disponibilidad, lleva a analizar con mucha precisión los elementos a favor y en contra de cada una de las alternativas examinadas, introduce algunas perspectivas diferentes en la evaluación de oportunidades (por ejemplo: imaginar el tener que aconsejar a alguien que nos presenta este

mismo problema). Generalmente estos pasos son suficientes para llevar a alguien – ya motivado/a a elegir- a una decisión conciente y gozosa.

***4. ¿cómo tratar la indecisión en la elección?*⁴**

La indecisión es un momento importante en el proceso de discernimiento: si no es patológica, representa la interrupción del comportamiento automático (es decir del actuar, sin pensar, por costumbre o por conformismo) y el acceso a la conciencia y a la responsabilidad. Es bueno favorecer, pues, este momento de diagnosis y de reflexión. Pero en algunos momentos muestra rasgos patológicos, como por ejemplo:

la parálisis operativa ante las múltiples decisiones posibles. El no decidir, en estos casos, permite seguir soñando sin confrontarse con la realidad. Y de huir de lo definitivo que la elección conlleva, inevitablemente;

o una actitud contraria, *una exasperada actividad en muchos frentes*, asumiendo múltiples funciones, viviendo múltiples biografías, como si uno rechazara el tomar aquella única decisión que daría unidad a toda una vida, mediante una jerarquía de valores;

el sentido voluntarista del Deber, sometiéndose a una ley que diga exactamente lo que *hay que* hacer o evitar (la Voluntad de Dios, el Deber, la Regla de la congregación;...). Pero una ley externa, que llega a ser la motivación principal del actuar, engendra sólo desánimo y sentido de culpabilidad. Y aún cuando el sujeto actúa en conformidad con la ley, lo hace sin gozo y sin impulso. ¿Es posible seguir hablando de elección, cuando la inteligencia no *desea* en absoluto lo que hace?

Para salir de la indecisión, volviendo a la fuente de un nuevo dinamismo capaz de orientar la libertad, es necesario recuperar las motivaciones ideales y dejarse interrogar por la realidad, que espera con urgencia la respuesta de nuestros talentos.

La acción

¿Cuáles pautas operativas es posible imaginar, desde la lectura de la realidad y de las reflexiones a las que se ha aludido?

a. Ante todo, la necesidad de atribuir al término *vocación* un amplio valor. En efecto, puede ocurrir que acompañemos a personas en un recorrido que puede desembocar en un compromiso de vida religiosa, o también en el cese de esta pertenencia... Entonces, el compromiso consiste en ayudar a la persona en que formule un proyecto de vida que sea, ante todo, animado por el Espíritu de Jesús y, por consiguiente, abierto a posibles caminos diversos.

b. Otro compromiso consiste en decidir poner punto final al proceso de discernimiento: el discernimiento debe ser permanente como actitud de fondo (buscar la voluntad de Dios en la vida), pero cuando se activa en vista de una decisión precisa, tiene que tener un final, una conclusión. Todo proceso educativo tiene que tener un término: en efecto, la educación permanente no representa una permanente incertidumbre sobre qué hacer, sino más bien un continuo monitoreo de las motivaciones de cada uno y una puesta al día de las propias competencias.

*ofrecer con valentía modos
de vivir que sean auténticos*

c. He aquí, entonces, algunas pistas operativas sobre las cuales parece oportuno orientar la propuesta de momentos formativos y de revisión de parte de quiénes ayudan a los jóvenes:

1. disponerse a alimentar una gran confianza y aprecio hacia los jóvenes. Es necesario abandonar las lamentaciones y la actitud crítica (*los jóvenes ¡ya no son como antes! ¿a dónde vamos a parar con estos jóvenes que muestran el ombligo?*) y adoptar una visión más realista, inspirada por una confianza que transmita a los jóvenes este mensaje: vosotros estáis a la altura de las nuevas situaciones;

2. ofrecer con valentía modos de vivir que sean auténticos, claramente inspirados en la fe y en la praxis cristiana y alimentados por un diálogo personal con el Señor; favorecer aquel “remar adentro” del que ha hablado a menudo Juan Pablo II. En este mismo contexto, es bueno insistir sobre la radicalidad evangélica, aunque pueda parecer poco apetecible, pero por otro lado contentar a los jóvenes para tener *audiencia* no ha sido nunca una propuesta pastoral, ni vencedora ni fecunda;

3. estimular a los jóvenes a que hablen a los jóvenes, superando los confines habituales de la acción pastoral, con el fin de explorar lugares,

por muy impensados que sean, donde los jóvenes viven, se encuentran, elaboran sus sueños y sus lenguajes;

4. hacer crecer los jóvenes en el *sensus ecclesiae*, para evitar que se forme el ghetto de los jóvenes y para explorar nuevas formas de colaboración con los adultos, para que el conjunto de la comunidad cristiana se convierta en sujeto de evangelización, de formación, de misionariedad.

La evaluación

El acompañamiento necesita momentos de verificación:

Esto significa:

- tener un proyecto inicial y tener previstas unas etapas para su realización, mediante la adquisición de algunos contenidos mínimos indispensables...

- disponer de algunos instrumentos y criterios para la verificación: el comportamiento en comunidad y la atención a los demás, el cuidado de la oración personal, la calidad de búsqueda de la propia vocación, la adquisición de costumbres conformes con el estado de vida deseado, los ejercicios espirituales, ...

- una disposición de fondo a “decir toda la verdad” (*Marco 5,33*) y, por tanto, una costumbre de transparencia en el diálogo con el formador;

- no puede bastar el único criterio de la satisfacción personal – como “me encuentro bien” o “ha sido una hermosa experiencia”- porque puede engañar.

La gran ventaja de una evaluación es el que hace a la persona conciente no sólo del resultado obtenido, sino que también del recorrido hecho para alcanzarlo: es otro modo mediante el cual el sujeto se hace autónomo, capaz de crecer en la comprensión y en la gestión de los problemas, también en ausencia de su formador.

Conclusión

La experiencia de estos años nos ha ido enseñando que es verdad aquello que escribe el apóstol Pablo: es Pablo el que planta, Apolo riega,

pero es el Señor el que hace crecer (*cf.* 1 Cor 3,6). Pero hemos entendido que ofrecer instrumentos de crecimiento a quien pide ser acompañado no es traicionar al Señor, sino ayudar a un hermano a que haga claridad dentro de sí y a tomar con gozo la decisión justa. Y como en todas las cosas que conciernen al Reino, esta decisión también merece lo mejor, no en absoluto las cosas más bellas, pero sí las mejores que podamos producir e imaginar.

¹ Me gusta sobre todo recordar las investigaciones de la Universidad de Tilburg, Holanda, sobre la universalidad de los valores del mundo juvenil. Además, a la hora de redactar estas notas tengo presentes los estudios siguientes: de Tony ANATRELLA, *Les adulescents*. In *Etudes*, juillet-août 2003, p. 37 ss; di M. LACROIX, *Le développement personnel: un nouveau culte du moi*. In: *Christus*, n° 188 (octubre 2000) 40ss; di G. DELPIAZ, *Aspettative e speranze delle nuove generazioni*. In *Vita consacrata*, 38 (2002/2003) 264ss.

² Tony Anatrella (v. arriba) ha inventado el genial y extraño término de “adulescents” para indicar el estado híbrido de adolescente y adulto.

³ Notas de *Quand la mystique réconcilie le masculin et le féminin*. MICHEL RONDET – *Christus*, 190 (AVRIL 2001) – p. 143 ss

⁴ Para esta reflexión me inspiro en un artículo de Jean CARON, *Vouloir ce que je veux*, en *Christus* 173, enero 1997.